

preocupación de las familias reales y católicas europeas de no aliarse sino con sus iguales, tenía la casa de Borbón que limitar sus matrimonios á las casas de Florencia, de Saboya, de Austria y de España.

Por esta razón, si subimos, por ejemplo, de Luis XV á Enrique IV y á María de Médicis, hallaremos que Enrique IV era cinco veces tercer abuelo de Luis XV, y María de Médicis cinco veces su tercera abuela. Si subimos por otra parte á Felipe III y Margarita de Austria, Felipe III era tres veces su tercer abuelo y Margarita de Austria tres veces su tercera abuela.

Entre los treinta y dos terceros abuelos y terceras abuelas de Luis XV hay seis de la casa de Borbón, cinco de la casa de Médicis, once de la casa de Austria Hapsbourg, tres de la de Saboya, tres de la de Lorena, dos de la de Baviera, un príncipe de la casa de los Estuardos y una princesa danesa.

Estaba, pues, reservada la carga más pesada para el más débil de la dinastía; precisamente cuando se necesitaba un rey que tenía que luchar contra aquella nobleza depravada, contra aquella sociedad corrompida, contra los filósofos corruptores, y contra tantos enemigos públicos y secretos como cercaban al monarca, cuando para luchar con todos ellos se habría necesitado de la potencia reorganizadora de Enrique IV y de Luis XIV, que habían sido los dos gigantes de la raza, Dios, cuyos designios estaban de antemano determinados, empleó al bueno, pero degenerado é impotente monarca, que después de haberse llamado duque de Berry y delfín de Francia, debía llamarse sucesivamente *Rey de Francia y de Navarra, Luis el Benéfico, el Restaurador de la libertad, el rey de los franceses, el señor Veto y Luis Capeto.*

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

Declaración acerca del nacimiento y educación del desafortunado príncipe, que sustraído de la sociedad por los cardenales Richelieu y Mazarino, fué encerrado en la Bastilla por orden de Luis XIV, hecha hallándose próximo á morir, por el ayo de este príncipe.

El desgraciado príncipe, á quien he criado, y con el que he permanecido hasta la proximidad del término de mi vida, nació el día 5 de septiembre de 1658, á las ocho y media de la noche, cuando se hallaba cenando el rey. Su hermano, que actualmente reina, había nacido aquella mañana á medio día, mientras su padre se hallaba comiendo. Tan brillante y espléndido había sido el nacimiento del rey, cuanto fué triste y oculto el de su hermano. Porque habiendo la partera avisado al rey de que la reina tenía aun que dar á luz otra criatura, mandó que permaneciésemos en la cámara, el canciller de Francia, la partera, el primer capellán, el confesor de la reina y yo, para que fuésemos testigos de lo que acaeciese y de lo que él quería hacer, si nacía otro niño.

Ya hacía bastante tiempo que al rey le habían profetizado que su mujer pariría dos gemelos, porque hacía muchos días que habían llegado á Paris unos pastores diciendo que habían tenido una inspiración

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940, 1825 MONTERREY, MEXICO

divina, y en todo Paris no se decía más que si la reina paría dos delfines, sería el colmo de la desdicha para el Estado. El arzobispo de Paris había hecho buscar á los adivinos, y los había mandado encerrar en San Lázaro, porque el pueblo estaba en conmoción, lo que dió mucho en que pensar al rey, temiendo las turbulencias que podrían acaecer en sus Estados.

Sucedió lo que habían predicho los adivinos, ya fuese porque las constelaciones hubiesen advertido con efecto á los pastores, ó ya que la Providencia quisiese prevenir á S. M. de las desgracias que pudieran acarrear á la Francia. El cardenal, á quien el rey había participado esta predicción por un mensajero, le respondió que era preciso estar con cuidado, porque el nacimiento de dos delfines no era una cosa imposible, y en este caso era indispensable ocultar cuidadosamente al segundo, porque en lo venidero podría querer ser rey, y combatir con su hermano para sostener una segunda línea en el Estado y reinar.

El rey estaba muy inquieto en la incertidumbre, cuando los gritos que dió la reina, nos hicieron temer que con efecto iba á parir otra vez.

Enviamos á buscar al rey, que casi cayó trastornado cuando presintió que iba á ser padre de dos delfines. Le había dicho al obispo de Meaux: *No abandonéis á la reina hasta que haya concluido su parto; porque tengo una inquietud mortal.* Inmediatamente después nos reunió, al obispo de Meaux, al canciller, al señor Moronat, á la partera Peronette y á mi, y nos dijo á presencia de la reina y en términos que S. M. pudiese oírlo: « Que responderíamos con nuestra cabeza, si publicáramos el nacimiento del segundo príncipe, y quería que su nacimiento fuese

un secreto de Estado, para evitar las desgracias que aquel suceso pudiese producir, puesto que la ley sálica nada declaraba acerca de la herencia en el caso de nacer dos hijos gemelos del rey. »

Sucedió lo que se había predicho, y mientras el rey cenaba, parió la reina otro delfin más lindo y robusto que el primero, que no cesó de gritar y quejarse, como si le pesase entrar en la vida, donde le aguardaban tantos padecimientos como tuvo que sufrir después. Redactó el canciller una acta de aquel maravilloso nacimiento, único en nuestra historia. No le agradó la redacción á S. M. y lo quemó por su mano en nuestra presencia, y hubo que rehacerlo bastantes veces hasta que S. M. lo halló á su gusto, y á todas las manifestaciones del capellán mayor, expresando que S. M. no podía ocultar el nacimiento de un príncipe, respondió S. M. que tenía para ello una razón de Estado.

Nos mandó después el rey que firmásemos nuestro juramento, lo que se ejecutó, firmando primero el canciller, en seguida el capellán mayor, después el confesor de la reina y luego yo; hizo que lo firmasen también el cirujano y la partera que habían asistido á la reina, y reunió este documento con el acta, guardándolos ambos. Nunca he vuelto á oír hablar de estos documentos. Recuerdo que S. M. estuvo hablando con el canciller acerca de la fórmula del juramento, y que pasó también largó rato hablando en voz muy baja con el señor cardenal. La partera se llevó al recién nacido, y como se temió siempre que pudiese ella decir algo acerca de aquel nacimiento, me ha dicho ella misma que la habían amenazado muchas veces que la harían morir si hacía la menor revelación; y á todos los que habíamos sido

testigos nos prohibieron hablar de aquel suceso, ni aun entre nosotros mismos.

Todavía ninguno de nosotros ha violado su juramento. Nada temía tanto S. M. como la guerra civil que después de su fallecimiento podrían suscitar aquellos dos hermanos gemelos, y el cardenal lo mantuvo en este temor cuando se apoderó de la dirección de la educación de aquel niño. También nos mandó el rey examinar con detenimiento las señales que pudiese tener el niño, el cual tenía una verruga sobre el codo izquierdo, una mancha amarillenta en el lado derecho del cuello, y otra verruga pequeña en la parte interior del muslo derecho. Parece que S. M. en caso de que muriese el primer nacido, quería poner en su lugar el segundo, para lo que nos hizo poner nuestras firmas en el acta que hizo sellar con su sello real. En cuanto á los pastores que habían profetizado aquel nacimiento, no he vuelto á saber de ellos, es verdad que tampoco lo he inquirido. El señor cardenal que se encargó del niño misterioso, probablemente les haría mudar de domicilio.

El segundo príncipe pasó su infancia con la señora Peronette, que lo hizo pasar al principio por hijo suyo, y después se creyó que sería el hijo bastardo de algún gran señor, porque los gastos que hacía aquella mujer daban á conocer que aquel niño, aunque no reconocido, debería ser muy rico y querido.

Cuando creció algo el príncipe, el señor cardenal Mazarino, que lo cuidaba después del cardenal Richelieu, me encargó lo hiciese instruir y educar como al hijo de un rey; pero con secreto. La señora Peronette le continuó también sus cuidados domésticos hasta que ella murió, con el mayor afecto por parte de ella y mayor cariño aún de él á ella. El príncipe fué criado

en una casa en Borgoña, con todos los cuidados debidos á un hijo y hermano de reyes.

Durante las turbulencias de Francia tuve yo muchas conversaciones con la reina madre, y me pareció que S. M. temía que si llegaba á saberse el nacimiento de aquel príncipe, mientras viviese su hermano el joven rey, pudiera esto dar ocasión á algunos malcontentos para promover nuevos disturbios, porque muchos médicos piensan que de dos gemelos, el último que nace es el primero que fué concebido, y por consiguiente sería rey de derecho; aunque esta opinión no está generaimente admitida.

A pesar de sus temores, nunca quiso la reina destruir las pruebas estas que tenía del nacimiento del príncipe, porque en caso de fallecer el joven rey, pensaba en hacer reconocer á su hermano, á pesar de tener otro hijo. Me dijo muchas veces que conservaba aquellos documentos en una cajita.

Le di al infortunado príncipe toda la educación que yo hubiese deseado para mi mismo, y seguramente no han podido tenerla mejor los hijos reconocidos de los príncipes. De sólo una cosa tengo que reconvenirme, que es de haber ocasionado su desgracia, aunque sin querer. Á los diez y nueve años tenía un deseo extraordinario de saber quién era, y como viese mi resolución de callárselo, mostrándome más firme, cuanto más me rogaba, tomó la resolución de ocultarme su curiosidad, y hacerme creer que él pensaba que era hijo mío, aunque fruto de amor ilegítimo.

Cuando me daba el título de su padre, le dije algunas veces que se engañaba; pero no le combatía este sentimiento, que tal vez él afectaba para hacerme hablar, y nunca cesaba de buscar medios para saber quién era. Dos años había pasado en esta ansiedad,

cuando una imprudencia desgraciada de parte mía, y de la que tengo bastante que reconvenirme, le hizo conocer quién era. Él sabía que el rey me enviaba á menudo algunos mensajeros, y yo tuve la desgracia de olvidar la cajita, donde tenia cartas de la reina y de los cardenales. Leyó una parte, y con su ordinaria penetración, adivinó la otra. Después me ha confesado que había sustraído una carta en que se marcaba más expresivamente su nacimiento.

La amistad y respeto que me tenia se había trocado en aspereza y maneras bruscas; no pude al principio figurarme cuál sería la causa de la mudanza, porque no podia yo imaginarme que hubiese andado en mi cajita, ni él me ha confesado después tampoco los medios de que se valió para abrirla, y no sé si fué con el auxilio de algún artesano, ó cuál otro medio emplearia.

Tuvo un día la imprudencia de pedirme los retratos del difunto rey Luis XIII y del rey actual. Yo le respondí que siendo tan malos todos los que habia, esperaba que saliesen otros mejor hechos para adquirirlos.

No le satisfizo esta respuesta y á poco tiempo me pidió permiso para ir á Dijón. — Después he sabido que su objeto era el de ir á ver allí un retrato del rey y marcharse en seguida á la corte, que estaba en San Juan de Luz, á causa del matrimonio con la infanta, y para ponerse allí en paralelo con su hermano y ver si tenia mucha semejanza. Tuve conocimiento de su proyecto de viaje y no le perdí de vista.

Era entonces el príncipe hermoso como el amor, y el amor fué también quien lo sirvió para adquirir un retrato de su hermano; porque hacia algunos meses que gustaba de una doncella de la casa, joven; y él

la supo acariciar y contentar tan bien, que á pesar de la prohibición que se habia hecho á todos los criados, de no darle nada sin conocimiento mio, ella le dió un retrato del rey. El desdichado príncipe se reconoció al instante, lo que no era difícil, porque indudablemente el mismo retrato servia tan bien para un hermano como para el otro, y le entró tal furor á aquella vista, que vino á buscarme y me dijo enseñándome el retrato y una carta que me habia quitado del cardenal Mazarino:

— Mirad, este es mi hermano y éste soy yo.

« Temi que el príncipe pudiese escapárseme y trasladarse á donde iba á celebrarse el matrimonio del rey. Despaché al momento un mensajero para informar á S. M. de lo acaecido, y de la abertura de mi cajita y pidiendo nuevas instrucciones. Vino la orden del rey por medio del cardenal para encerrarnos á los dos hasta nueva orden, y hacerle entender que su pretensión habia causado nuestra común desventura. He sufrido con él nuestra prisión hasta el momento en que he creído que el Todopoderoso ha determinado que yo cese de existir en este mundo, y he creído que la tranquilidad de mi alma y el amor que he profesado á mi pupilo, exigian de mí una declaración que indicase á éste los medios de salir del estado ignominioso en que se encuentra, si el rey llegase á morir sin hijos; porque un juramento forzado no puede obligar al secreto de anécdotas increíbles, que es preciso hacer pasar á la posteridad. »

Esta es la memoria histórica que el regente entregó á la princesa, y que debe dar lugar á una porción de cuestiones por parte de los aficionados á anécdotas interesantes. — En primer lugar, se preguntará quién era este ayo del príncipe. — Si era sólo un natural

de Borgoña, ó propietario en aquel país de alguna casa ó posesión, y á qué distancia de Dijón se hallaba esta posesión. — No tiene duda que debía ser un hombre de importancia, en razón á que en la corte de Luis XIII gozaba de tan íntima confianza, ya fuese por los cargos que ejerciese ó ya como favorito del rey, de la reina ó del cardenal Richelieu. — El nobiliario de Borgoña podría decir qué personaje de aquella provincia desapareció de la sociedad después del matrimonio de Luis XIV, con un joven pupilo de cerca de veinte años, desconocido, y al que había criado en su casa ó domicilio. — Porque esta memoria, que parece tener cerca de un siglo de antigüedad, es anónima. — Si fué dictada por el moribundo sin poder firmarla, y cómo pudo sacarse de la Bastilla. — He aquí las ideas que esta memoria sugiere; y no nos asegura que este joven príncipe, de que se hace en ella mención, sea el mismo preso conocido por la máscara de hierro. Pero todos estos hechos convienen tanto con aquel personaje misterioso del que tantas anécdotas se han referido, que parecen llenar el gran vacío de sus memorias, y hacernos conocer el principio. Reuniremos aquí las anécdotas auténticas que se tienen desde que fué entregado en poder de San Mars, como el complemento ó la continuación de su historia, sin hablar de los debates literarios que excitó.

Apenas se habían publicado las *Memorias de la corte de Persia*, cuando una gran porción de literatos comenzaron á cuestionar acerca del fondo de este secreto. — Voltaire, que refirió hechos sin descubrir nada, aunque en realidad era el que más sabía del secreto; San Foix, el padre Greffer, Lariviere, Linguet, Lagrange, Chanul, el abate Papou, Palteau, el

señor Delaborde, muchos autores en diversos periódicos, y especialmente en el diario de Paris, han publicado diferentes anécdotas.

El primero que habló de este personaje, fué el autor anónimo de las *Memorias secretas de la corte de Persia*, y ha citado algunos hechos ciertos y que siempre se han tenido por tales; pero se equivoca respecto al personaje, creyendo que el preso de la máscara era el conde de Vermandois.

« Este preso, dice, fué enviado al comandante de las islas de Santa Margarita, que había recibido de antemano la orden de Luis XIV para no dejar que lo viese nadie. El comandante trataba á su prisionero con el mayor respeto. Lo servía él mismo, tomando los platos á la puerta de su habitación de manos de los criados, ninguno de los cuales ha visto jamás el rostro de su preso. Un día grabó el príncipe su nombre en el revés de un plato con la punta de un cuchillo; un esclavo, en cuyas manos cayó este plato, lo llevó al comandante, esperando ser recompensado, pero fueron vanas las esperanzas de este desdichado, del que se libraron al instante, sepultando con aquel hombre un secreto de la mayor importancia. Muchos años permaneció el hombre de la máscara de hierro en el castillo de las islas de Santa Margarita, y no salió de allí sino para ser transportado á la Bastilla, cuando Luis XIV confirió el gobierno de esta fortaleza al comandante San Mars en recompensa de su fidelidad. Y era con efecto muy prudente hacer que el máscara siguiera la suerte de aquel á quien había sido confiado; no habría sido acertado buscar un nuevo confidente que pudiera no haber sido tan fiel ni tan exacto. En las islas de Santa Margarita y en la Bastilla se tomaba la precaución de hacer que el prin-

cipe se pusiese una máscara cuando por enfermedad ó cualquier otro motivo tenia que exponerse á la vista de alguna persona. Muchos sujetos, dignos de crédito, aseguran haber visto al preso con la máscara, y refieren que tutelaba al gobernador, el que por el contrario lo trataba con infinito respeto. »

En el Siglo de Luis XIV, que es la segunda obra en que se hace mención de este preso, dice Voltaire :

« Algunos meses después de la muerte del cardenal Mazarino, acaeció un suceso que no tiene ejemplo, y lo que no es menos raro, es que todos los historiadores lo han ignorado. — Enviaron con el mayor secreto al castillo de Santa Margarita, en el mar de Provenza, á un preso desconocido, bastante alto, joven, y de hermosa y noble figura. Este preso llevaba por el camino puesta una máscara con resortes de acero, que le permitía comer teniéndola puesta. Habia orden para matarlo si se descubría; y permaneció en aquel castillo, hasta que un oficial de confianza, llamado San Mars, gobernador de Pignerol, habiendo sido ascendido en 1690 á gobernador de la Bastilla, fué á sacarlo de Santa Margarita, para conducirlo á la Bastilla, sin quitarle la máscara. El marqués de Louvois fué á verlo antes de su traslación, y le habló de pie y con una consideración extraordinariamente respetuosa. Este desconocido fué conducido á la Bastilla y alojado allí todo lo mejor que aquel castillo permite. Se le facilitaba cuanto pedía: tenia mucha predilección por la ropa blanca de una extremada finura y por los encajes.

» Tocaba la guitarra, le daban la mejor comida posible, y el gobernador no se sentaba en su presencia sino raras veces. Un médico viejo de la Bastilla

que habia asistido en sus enfermedades á este hombre singular, ha dicho que jamás habia visto su rostro, aunque habia examinado muchas veces su lengua y el resto de su cuerpo; que era perfectamente bien hecho; que era algo moreno, pero que el sonido de su voz era interesante; que nunca se quejaba de su situación, ni daba á entender quién pudiera ser. Un cirujano famoso, yerno de este médico, que fué después cirujano del mariscal de Richelieu, ha sido testigo de esto, y el señor de Bernaville, sucesor de San Mars en el gobierno de la Bastilla, lo ha confirmado después. Este desconocido murió en 1704, y fué enterrado de noche en la parroquia de San Pablo. Es más de admirar que cuando le enviaron á las islas de Santa Margarita, no se supo que hubiese desaparecido de Europa ningún hombre de consideración. El señor de Chamillard fué el último ministro que supiese este secreto raro. El segundo mariscal de la Feuillade, su yerno, ha dicho que cuando murió su suegro, le suplicó de rodillas le dijese quién era aquel desconocido al que siempre se le llamaba la Máscara de hierro. Chamillard le respondió, *que era un secreto de Estado y que habia hecho juramento de no revelarlo jamás.*

» Cuando estaba en las islas, era el gobernador el único que le ponía los platos de comida en la mesa, y después se retiraba dejándolo encerrado. El preso escribió un día su nombre con un cuchillo en un plato de plata, y tiró el plato por la ventana, hacia un barco que estaba al pie de la torre. Un pescador á quien pertenecía el barco, recogió el plato y lo llevó al gobernador. Admirado éste le preguntó al pescador si habia leído lo que estaba escrito allí, ó si lo habia visto alguna otra persona. — Yo no sé leer,

respondió el pescador, acabo de cogerlo ahora mismo y nadie lo ha visto.

» Quedó detenido aquel paisano, hasta que el gobernador averiguó y se satisfizo de que efectivamente nunca había sabido leer, y de que nadie más que él había visto el plato. — Idos, le dijo, no habéis tenido poca fortuna por no saber leer. Entre los testigos de este hecho, hay uno, digno de crédito, que vive todavía. »

El primero que ha hablado del hombre de la máscara de hierro fué el autor del Siglo de Luis XIV. Lo que de él dice era una historia averiguada, porque él estaba muy enterado de aquella anécdota que admira al siglo presente, que admirará á la posteridad, y que fué verdadera. Pero habían equivocada la fecha de la muerte de aquel desconocido tan singularmente desgraciado. Fué enterrado en San Pablo el 3 de marzo de 1703 y no en 1704.

Había estado primero encerrado en Pignerol, antes de haberlo sido en las islas de Santa Margarita y después en la Bastilla, siempre al cargo y bajo la guardia de aquel mismo hombre, de aquel San Mars, que lo vió morir. El padre Greffet, jesuita, que comunicó al público el diario de la Bastilla, es el más digno de fe en cuanto á fechas. Adquirió con facilidad este diario, porque tenía el delicado cargo de confesar á los presos de la Bastilla.

El hombre de la máscara de hierro fué un enigma que todos podían descifrar á su antojo. Unos dijeron que era el duque de Beaufort; pero el duque de Beaufort fué muerto por los turcos en la defensa de Candía en 1699, y el hombre de la máscara de hierro estaba ya en Pignerol en 1662. Además ¿cómo se había de haber preso al duque en medio de su ejér-

cito? ¿Cómo se le había de haber llevado á Francia sin que nadie lo hubiese sabido? ¿Y por qué se le había de haber preso? ¿Y para qué la máscara?

Imaginaron otros que pudiera ser el conde de Vermandois, hijo natural de Luis XIV, que murió de viruelas en 1683 en el ejército, y que fué enterrado en el lugarcito de Aire; en lo que el padre Greffet se ha engañado, pero que nada importa.

Se imaginó después que fuese el duque de Montmouth, á quien el rey Jacobo hizo cortar públicamente la cabeza en 1678. Pero para que este fuese el máscara de hierro, era preciso que hubiese resucitado, y que después se hubiese mudado el orden de los tiempos, poniendo el año de 1662 en lugar del de 1683; que el rey Jacobo, que nunca perdonó á nadie, hubiese perdonado al duque de Montmouth y hecho morir en su lugar á algún hombre que se le asemejase perfectamente. También habría sido necesario hallar un hombre que hubiese tenido el gusto de dejarse degollar en público para salvar al duque de Montmouth; y en fin habría sido preciso engañar á toda Inglaterra, y que luego el rey Jacobo hubiese suplicado á Luis XIV que le sirviese de carcelero; y si Luis XIV hubiese complacido en esto al rey Jacobo, ¿por qué no había de tener las mismas consideraciones con el rey Guillermo y con la reina Ana, con los que estuvo en guerra; y porqué no había de haber conservado con estos dos monarcas la dignidad de carcelero, con que el rey Jacobo le había agraciado?

« Disipadas todas estas ilusiones, falta saber quién era aquel preso, *siempre enmascarado*, de qué edad murió y con qué nombre fué enterrado.

» Es claro que si no lo dejaban pasar por el patio de la Bastilla, sino con la máscara puesta, y si á la

vista del médico permanecía con el mismo disfraz, era por el temor de que en sus facciones se reconociese alguna semejanza muy marcada. Podía enseñar la lengua, pero no su rostro. En cuanto á su edad pocos días antes de su muerte le dijo al boticario, *que creía tener sesenta años*; y el señor Marsobau, cirujano del mariscal de Richelieu, yerno de este boticario, después de la regencia del duque de Orleans, lo ha repetido muchas veces. ¿Y porque se le ha dado un nombre italiano? Siempre se le llamó *Marchiali*. El que escribe este artículo, sabe seguramente más que el padre Greffet, pero nada más dirá. »

Lagrange-Chancel fué el tercer historiador que habló del preso encerrado en las islas de Santa Margarita, algún tiempo después de la traslación del máscara á la Bastilla, y pudo averiguar algunos hechos.

« Mi estancia, dice Lagrange-Chancel, en la isla de Santa Margarita, en donde la detención del máscara de hierro no era ya un secreto de Estado cuando yo llegué, me ha proporcionado saber particularidades, que un historiador más exacto que Voltaire en sus observaciones, habría podido saber como yo. Este extraordinario suceso, que él establece en 1661, algún tiempo después de la muerte de Mazarino, no acaeció sino en 1669, ocho años después de la muerte de su eminencia. El señor de la Mothe-Guerin, que mandaba en aquella isla en el tiempo que yo estuve detenido allí, me aseguró que aquel preso era el duque de Beaufort, que se decía haber sido muerto en el sitio de Candia, pero cuyo cuerpo no pudo encontrarse, según todas las relaciones de aquel tiempo. También me dijo que el señor de San Mars, que obtuvo el mando de aquellas islas después del de Pignerol, tenía muchas consideraciones con aquel prisionero;

que lo servía siempre él mismo en vajilla de plata, y le proporcionaba vestidos, como los deseaba, por muy costosos que fuesen; que en las enfermedades en que había precisión de que lo visitasen ó un médico ó un cirujano, se le obligaba, pena de la vida, á presentarse con su máscara de hierro, y que cuando estaba solo, podía entretenerse en arrancarse los pelos de la barba con unas pinzas de acero muy bonitas y brillantes. Yo he visto unas de las que se servía con este objeto, en poder del señor de Beaumanoir, sobrino de San Mars, y teniente de compañía franca, establecida para la guardia de los presos.

» Muchas personas me han referido que cuando San Mars fué á tomar posesión de la Bastilla, adonde condujo á su preso, oyeron que este último, que llevaba puesta su máscara, le dijo á su conductor: *¿Quiere el rey hacerme matar?* — *No, principe mio, le respondió San Mars, vuestra vida está segura, dejaos conducir.*

» He sabido también, que un hombre llamado Aubuissón, cajero del famoso Samuel Bernard, que después de haber estado algunos años en la Bastilla, fué conducido á las islas de Santa Margarita, estuvo en una habitación con otros presos precisamente encima de la que ocupaba el desconocido, y que por el cañón de la chimenea podían hablar y comunicarse sus pensamientos; pero que habiéndole preguntado los presos, porqué se obstinaba en callar su nombre y sus aventuras, les había respondido, que aquella confesión le costaría la vida, no sólo á él, sino también á todos aquellos á quienes comunicase el secreto.

» De cualquier modo, hoy que el nombre y la calidad de aquella víctima política, no son ya secretos en que el Estado tenga interés, he creído que instruyendo

al público de lo que ha llegado á mi conocimiento, debía contener el curso de las ideas que cada uno se ha forjado, apoyándose sólo en un autor que ha adquirido gran reputación por lo maravilloso que unido á cierto aire de verdad se admira en todos sus escritos, y hasta en la vida de Carlos XII. »

El abate Papou, que fué á recorrer la Provenza, habla también del máscara de hierro, cuya prisión fué á ver.

« Á la isla de Santa Margarita fué adonde llevaron hacia fin del siglo pasado al famoso preso de la máscara de hierro, cuyo nombre, tal vez no se sabrá nunca. No había sino muy pocas personas de las que estaban destinadas á su servicio, que pudiesen hablarle. Un día que el señor San Mars conversaba con él en una especie de corredor, fuera de su cuarto, para ver de lejos si venía alguien, llegó el hijo de uno de sus amigos, y se adelantó hacia el sitio donde oía hablar. Cuando el gobernador lo apercibió, cerró al instante la puerta, y salió precipitadamente al encuentro del joven, al que preguntó apresuradamente si había oído algo de lo que hablaban. Y cuando se aseguró de que nada había escuchado, le hizo que se volviese á marchar aquel mismo día, y le escribió á su amigo diciéndole que había faltado poco para que aquella aventura no le hubiese costado muy cara á su hijo, y que se lo volvía á enviar por temor de que no cometiese alguna otra imprudencia.

» El 2 de febrero de 1778, tuve la curiosidad de encontrar en la habitación de aquel príncipe desgraciado, á la cual no entraba luz más que por una ventana á la parte del Norte, abierta en un muro de mucho espesor y con tres rejas de hierro colocadas á igual distancia una de otra; aquella ventana daba al

mar. En la ciudadela encontré á un oficial de la compañía franca de edad de 79 años. Éste me refirió que su padre, que había servido en la misma compañía, le había contado muchas veces que un practicante de cirugía notó un día por bajo de la ventana del preso una cosa blanca que flotaba en el agua; que fué á recogerla y se la llevó al señor de San Mars. Era una camisa muy fina, pero muy mal doblada en la que el preso había escrito mucho.

» El señor de San Mars la desdobló, y después de haber leído algunas líneas preguntó al practicante, si no había tenido la curiosidad de leer lo que allí se contenía. Éste protestó repetidas veces que nada había leído; pero dos días después se le encontró muerto en su cama.

» Este es un hecho que el oficial había oído referir tantas veces á su padre y al capellán del castillo, que lo creía incontestable. También me parece cierto lo siguiente por todos los testimonios que he podido recoger en el sitio que aconteció y en el monasterio de Lerins donde se conserva aun la tradición.

» Buscaban para el servicio doméstico del preso á una mujer. Vino una paisana del lugar de Mougín á ofrecerse, persuadida de que por este medio podría hacer la fortuna de sus hijos; pero cuando le dijeron que tenía que renunciar á verlo, y á conservar ninguna relación con el resto de la gente, no se convino en encerrarse con un preso, cuyo conocimiento costaba tan caro. También es preciso decir que se habían colocado á las extremidades del fuerte, por la parte de la mar, dos centinelas, con orden de hacer fuego á todas las embarcaciones que se aproximasen á cierta distancia.

» La persona que servía al preso murió en la isla

de Santa Margarita. El hermano del oficial de que se ha hecho mención, y que para ciertas cosas era el hombre de confianza del señor de San Mars, le ha dicho muchas veces á su hijo, que él mismo había ido por el muerto á media noche, y se lo había llevado á cuestras hasta el sitio en que se le había de enterrar; que él había creído que el muerto era el preso mismo, pero no era sino la persona que lo servía y entonces fué cuando buscaron á una mujer para reemplazarlo. »

En 1698 se había sabido que al llevar San Mars á su preso á la Bastilla, se había detenido con él en una posesión suya en Palteau.

Freron en consécuencia para contradecir á Voltaire, le pidió noticias acerca de esto al señor de Palteau, que respondió la siguiente carta, inserta después en los *Anales literarios* del mes de junio de 1768.

« Según aparece de la carta del señor de Saint-Fóix, de la que me habéis remitido un extracto, el hombre de la máscara de hierro sigue ocupando siempre á nuestros escritores; voy en consecuencia á participaros lo que sé de aquel preso. En las islas de Santa Margarita y en la Bastilla, no era conocido más que por el nombre de la Tour. El gobernador y los demás oficiales le guardaban muchas consideraciones, y obtenía de ellos todo cuanto podía concederse á un preso. Se paseaba muchas veces, pero siempre con una máscara en el rostro. Hasta después de haber publicado Voltaire el *Siglo de Luis XIV*, no había oído decir que la máscara fuese de hierro y con resortes; tal vez se hayan olvidado de referirme esa circunstancia; pero no tenía puesta la máscara sino cuando salía, ó cuando tenía que presentarse á la vista de alguna persona.

» El señor de Blainvilliers, oficial de infantería, que visitaba con frecuencia la casa del señor de San Mars, gobernador de las islas de Santa Margarita y después de la Bastilla, me ha dicho muchas veces, que habiendo excitado su curiosidad la suerte del preso la Tour, para satisfacerla, había tomado el vestido y las armas de un soldado que debía entrar de centinela en una galería, debajo de las ventanas del aposento que habitaba aquel preso en las islas de Santa Margarita; y que lo había visto muy bien desde allí; que no tenía puesta la máscara, que era de rostro blanco, alto y bien formado de cuerpo, que tenía las piernas un poco demasiado gruesas por abajo y los cabellos blancos, aunque estaba entonces en el vigor de su edad; y que aquella noche la había pasado casi toda paseándose por su aposento. Añadía Blainvilliers, que estaba casi siempre vestido de negro, que le daban muy buena ropa blanca, y libros; que el gobernador y los oficiales permanecían delante de él siempre en pie y descubiertos hasta que él los mandaba cubrirse y sentarse, y que iban á hacerle compañía y comer con él frecuentemente.

» En 1698 pasó San Mars del gobierno de las islas de Santa Margarita al de la Bastilla. Al ir á tomar posesión, se detuvo con su preso en su posesión de Palteau. El hombre de la máscara llegó en una litera precedida por la de San Mars, y acompañados de una gran escolta á caballo. Los paisanos habían salido á recibir á su señor. San Mars comió con su preso que se había sentado de espaldas á las ventanas que daban al patio. Los paisanos á quienes interrogué, no habían podido ver si tenía puesta la máscara cuando comía, pero si notaron muy bien que el señor de San Mars, que estaba sentado á la mesa frente de

él, tenía dos pistolas una á cada lado de su plato. No les servía más que un solo criado, que iba á recibir los platos que le traían á la antesala, el que tenía mucho cuidado de cerrar bien la puerta siempre que salía ó entraba. Cuando el preso tenía que atravesar el patio llevaba siempre una máscara negra que le cubría el rostro. Los paisanos notaron que se le veían los dientes y los labios, que era alto y tenía blanco el cabello. El señor de San Mars se acostó en una cama que le hicieron junto á la del hombre de la máscara.

» El señor de Blainvilliers me dijo, que cuando falleció en 1704 lo enterraron secretamente en San Pablo y que pusieron dentro de su ataúd muchas drogas para que consumiesen el cuerpo. No he oído decir que tuviese ningún acento extranjero. »

Cuando llegó á la Bastilla, el teniente rey Dufonca escribió en el libro de registro su llegada en los términos que van á expresarse, en los términos que ha publicado el padre Griffet, jesuita, que es el primero que publicó dos trozos curiosos, sacados de los archivos de una fortaleza, de donde no salía jamás un papel; pero era confesor de la Bastilla, y los jesuitas y el gobernador tuvieron sin duda en aquel tiempo sus razones para publicar estas anécdotas.

« Jueves 8 de septiembre de 1698, á las tres de la tarde, llegó el señor de San Mars, gobernador de la Bastilla, é hizo su primera entrada, viniendo de las islas de Santa Margarita y San Honorato, trayendo consigo en su litera á un preso antiguo que tenía en Pignerol, cuyo nombre no se ha dicho, y al que se le tiene siempre con una máscara puesta en el rostro, al cual se le puso primero en la torre de la Basiniere hasta que llegó la noche, y á las nueve de ella lo conduje yo mismo á la tercera habitación de la torre de

la Bertaudiere, cuya habitación había yo cuidado de amueblar con todo lo necesario antes de su llegada, en virtud de la orden que había recibido del señor de San Mars. Al conducirlo á la dicha habitación me acompañó el señor Rosarges, á quien el señor de San Mars había traído consigo, y estaba encargado de servir y cuidar al preso, el cual está alimentado por el gobernador. »

Las últimas anécdotas que se han podido adquirir del máscara de hierro nos las ha proporcionado el señor Linguet, el que habiendo estado mucho tiempo detenido en la Bastilla, obtuvo algunas noticias de los oficiales más antiguos sirvientes del castillo, y dió sus notas al señor de la Borde, quien las publicó en estos términos en una obrita en que se trata de este máscara.

« El preso llevaba una máscara de terciopelo, y no de hierro, á lo menos durante el tiempo que estuvo en la Bastilla; el mismo gobernador le entraba y sacaba su ropa blanca.

» Cuando iba á misa tenía la más expresa prohibición de hablar ni de dejar ver su rostro, y los inválidos tenían orden de hacer fuego sobre él si la quebrantaba, para lo que tenían sus fusiles cargados con bala; así es que él tenía el mayor cuidado de ocultarse y de callar.

» Cuando murió, quemaron todos los muebles de que se había servido, levantaron el pavimento de su habitación, quitaron el cielo raso, y se reconocieron todos los rincones y esquinas y todos los sitios donde hubiera podido ocultarse un papel ó un pañuelo. Querían descubrir si había dejado algún signo ó vestigio de lo que era. Me ha asegurado el señor Linguet que había todavía hombres en la Bastilla que habían

sabido estos hechos por sus padres, sirvientes antiguos de la casa, los cuales habian visto al hombre de la máscara.

» Aquel desdichado preso, después de un largo martirio, murió al fin en 1703 en la Bastilla, donde habia permanecido cinco años y dos meses; y el mismo que habia registrado su llegada, registró su muerte en el libro de presos en estos términos:

» Lunes, 19 de noviembre de 1703. El preso desconocido, enmascarado siempre con una careta de terciopelo negro, que el señor San Mars habia traído consigo al venir de la isla de Santa Margarita, y que tenia bajo su custodia hacia largo tiempo, se sintió ayer un poco indispuerto al salir de misa, y ha muerto hoy á las diez de la noche, sin tener enfermedad grave. El señor Guirault, nuestro capellán, lo confesó ayer, y como la muerte lo ha sorprendido no pudo recibir los sacramentos; el capellán lo exhortó un momento antes de morir. Se le dió sepultura el martes 20 de noviembre á las cuatro de la tarde en el cementerio de San Pablo, nuestra parroquia. Su entierro ha costado cuarenta libras. Se ha ocultado su nombre y su edad á los clérigos de la parroquia, y en los registros de aquel día se anuncia su inhumación en estos términos, que yo he copiado de los registros:

» El año de 1703 y el 19 de noviembre, Marchiali, de edad de cuarenta y cinco años, poco más ó menos, ha muerto en la Bastilla. Su cuerpo ha sido enterrado en el cementerio de San Pablo, su parroquia, el 20 del presente, en presencia del señor Rosarges, mayor, y del señor Reilh, cirujano mayor de la Bastilla, que han firmado. — Rosarges. — Reilh.

» Es también cierto que después de su muerte se

tuvo orden de quemar en general todo lo que habia servido para su uso, como ropa blanca, vestidos, colchones, mantas y hasta las puertas de su prisión, la madera de su cama y sus sillas. Se derritió su cubierto de plata y se hicieron picar y blanquear las paredes del cuarto donde habia morado. Se llevaron las precauciones hasta el extremo de hacer desbaratar los ladrillos por temor sin duda de que hubiese ocultado algún billete ó hecho cualquier señal que pudiese dar á conocer quién era.

» Dejo todas estas piezas históricas, y estas notas acerca del preso enmascarado al examen de los curiosos y de los criticos; pero siempre resultará que aquel máscara era un gran personaje; que el cuidado con que se le hacia ocultar el semblante, bajo pena de muerte, anunciaba un gran peligro en que lo mostrase, porque al solo aspecto de su rostro se podia reconocer por consiguiente quién era: que él en sí mismo alimentaba el deseo de ser conocido más bien que el de fugarse; que no habiendo desaparecido de Francia ningún príncipe á la muerte de Mazarino, no podia ser el máscara sino un personaje importante y desconocido en aquel tiempo, y que era preciso que el ministerio tuviese mucho interés en ocultar su nombre, sus aventuras y su situación, pues que se habia dado la orden de matarlo si se dejaba conocer.»

Resulta también, y estas observaciones son mucho más evidentes, que en todas partes donde se encontró aquel gran desgraciado, ya en una isla de Provenza, ya en su viaje ó ya en Paris, siempre se le hizo tener oculto el rostro; podia, pues, solo el aspecto de su semblante en todos los sitios de Francia descubrir el secreto de la corte.

Y en fin, es preciso considerar que su cara estuvo tapada desde la muerte de Mazarino hasta la del preso, que ocurrió á principios de este siglo, y que el gobierno llevó las precauciones hasta ordenar que le acuchillasen la cara, ó hacerlo enterrar sin cabeza como otros han dicho.

Su rostro podía, pues, darlo á conocer durante medio siglo y de un cabo al otro de la Francia.

Hubo, pues, durante medio siglo en Francia una cabeza notable y conocida en todas las comarcas de ella, hasta en una prisión establecida en una isla, comparable con la del preso, y su contemporánea.

¿Quién podía ser esta figura tan generalmente conocida, sino la de Luis XIV, su hermano gemelo, cuya semejanza tanto se temía? El secreto de Estado, ó más bien el crimen de Luis XIV, parece bastante averiguado, y si en adelante quedase alguna duda sobre este objeto, será ocasionada por la inverosimilitud de las órdenes feroces dadas á los gobernadores hasta de las prisiones de Estado, para asesinar á sangre fría á tan gran príncipe si descubría su secreto. Esta barbarie no parece compatible con lo que se conoce del carácter de Luis XIV, que era un buen hombre; sin embargo, todos los que han hablado con el preso aseguran que la orden estaba dada.

Luis XV se manifestó mucho más humano que Luis XIV, y lo habría libertado á su mayoría si hubiese vivido en aquella época; muchas veces había atormentado al regente para que lo instruyese de las aventuras de aquel hombre, y el duque de Orleáns le había respondido siempre que S. M. no podía saberlo hasta su mayoría.

La víspera del día en que ésta debía declararse en

el parlamento le preguntó el rey si sabría el secreto luego que fuese rey de Francia: « Si, señor, le respondió el regente en presencia de gran número de señores, si hoy lo descubriese, faltaría á mi deber; pero mañana tendré la obligación de responder á las preguntas que V. M. se digne hacerme. »

Al día siguiente el rey, en presencia de los señores de su corte llamó á parte al príncipe para que lo instruyese del secreto; todas las miradas se dirigieron al rey y vieron que las palabras del duque de Orleáns conmovían la sensibilidad del joven monarca. Nada pudieron entender los cortesanos; pero el rey dijo en voz alta al separarse del duque de Orleáns: « Si viviese ahora, yo le daría la libertad. »

Luis XV guardó el secreto con más fidelidad que el duque de Orleáns; sin embargo, cuando el jesuita Griffet y Saint-Foix entablaron en sus escritos, tan conocidos, la cuestión del secreto, refutando sus respectivos sistemas, se le escaparon á Luis XV estas palabras en presencia de muchos cortesanos: « Dejados que disputen; hasta ahora nadie ha dicho la verdad acerca del máscara de hierro. » En aquel momento tenía el rey en la mano el libro del P. Griffet.

Se ha sabido que el delfín, padre de Luis XVI, le pidió muchas veces al difunto rey, le dijese quién era aquel famoso preso.

— Mejor es que no lo sepáis, le respondió el rey su padre, porque tendríais un gran sentimiento.

También se ha sabido que el señor de la Borde, primer ayuda de cámara del rey Luis XV, y con el que este príncipe hablaba algunas veces de historia, literatura y bellas artes, le habló un día al rey de una anécdota nueva relativa al máscara de hierro.

—¿Querriais, le dijo el principe, que os dijese algo acerca de eso? pero no sabréis más que lo que saben los demás. De lo que sí podéis estar seguro, es de que la prisión de ese desdichado á nadie ha causado perjuicio, y que nunca ha tenido ni mujer ni hijos.

La misma reserva tuvo Luis XV con la señora de Pompadour y con sus otras queridas, que todas tuvieron curiosidad de saber quién era aquel personaje misterioso; pero en vano se empeñaron; el rey no queria ni aun que se lo preguntasen.

El gusto que el preso tenia porque fuera muy fina la ropa blanca, que la mujer del gobernador del fuerte de la isla de Santa Margarita se habia encargado de proporcionarle, provenia principalmente de su vida perpetuamente sedentaria; las variaciones del aire libre, los movimientos ordinarios del cuerpo en las habitudes de la sociedad, el ejercicio de todos los sentidos, no habían gastado en sus órganos la sensibilidad excesiva que sólo tienen las monjas, los jóvenes educados con demasiado mimo y las mujeres delicadas con extremo. Mientras se está en inacción, la sangre se extiende á las extremidades del cuerpo; la epidermis que la cubre se vivifica, y el tacto es más perfecto, la sensibilidad más exquisita, y la acción de los objetos exteriores se hace sentir con más fuerza á través de un sentido tan delicado. Al contrario las personas acostumbradas á viajar, ó hacer mucho ejercicio, la gente del campo y los que se ocupan en trabajos fuertes, són menos sensibles á la impresión de los objetos exteriores. No debe extrañarse que aquel principe, encerrado desde su tierna edad, y que no conocia ni el uso de los pies, ni la acción del aire libre, ni los movimientos comunes á los hombres,

tuviese su cutis de una extremada delicadeza, no era el gusto lo que tenia por la ropa blanca muy fina, sino una verdadera necesidad.

He aquí todos los hechos que han podido reunirse relativos á aquel admirable personaje. Seria de desear que se averiguase el nombre de su institutor, para lo cual debían visitarse todos los depósitos donde puedan conservarse las actas del nacimiento de Luis XIV y la biblioteca del Rey, porque estas nuevas anécdotas merecen la atención de los criticos y de los eruditos. Si sus descubrimientos confirman que este preso era en realidad un hermano de Luis XIV, harán que sea más querida para los franceses la memoria de aquel interesante preso, que por tanto tiempo ha sido objeto de la curiosidad general, y deshonrarán más las órdenes arbitrarias de los ministros y de los tiranes.